



Jesús te espera en la confesión

Descripción

La confesión sacramental

Seguramente una de las parábolas más conmovedoras y emocionantes de todo el Evangelio es [la del hijo pródigo](#). Una historia actual que se repite en nuestra vida, podríamos decir que a diario.

Nos encontramos frente a frente con la criatura, que quiere independizarse de Dios, que quiere vivir su vida lejos del Padre. Y, por otro lado, **la infinita misericordia de Dios que no se cansa de perdonar**, de esperar, de ir en busca del alma que se aleja.

En este tiempo de [Cuaresma](#) la Iglesia nos invita a acercarnos al sacramento de la [Penitencia](#), como también se le conoce, para que nos preparemos de la mejor forma a adentrarnos en los misterios de nuestra Redención.

El hijo pródigo

Cuando leemos el capítulo 15 de san Lucas, presenta la tragedia de un hijo que abandona el hogar paterno, donde no le falta de nada, donde es feliz, pero que se aleja para correr la triste aventura de la libertad mal empleada.

Qué misterio que el hombre pueda ofender a su creador, que pueda cambiar a Dios por un bien caduco y limitado, pero es así, el pecado y en ese *viviendo disolutamente* se puede resumir el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquel que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original.

La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado.



Cuando estaba aÃ³n lejos

Cualquiera de nosotros podrÃ­a ser ese hijo prÃ³digo. San Pablo nos recuerda que los cristianos llevamos los grandes tesoros de la gracia en vasos de barro. **Dios ha confiado sus dones a la frÃ¡gil y dÃ©bil libertad humana.**

Pero precisamente esta parÃ¡bola nos habla sobre todo de que no tenemos que desanimarnos.

El SeÃ±or conoce perfectamente el barro del que estamos hechos y siempre tiene abiertos los brazos de su misericordia para perdonarnos, **para abrirnos las puertas de su corazÃ³n una vez y todas las que hagan falta.**

Amor paternal

Cuando todavÃ­a estaba lejos, dice la Escritura, Â lo vio su padre, y enterneciÃ©ndosele las entraÃ±as... Â¿Se puede describir de manera mÃ¡s grÃ¡fica el amor paternal de Dios por los hombres?

Â¿CuÃ¡nto nos quiere Dios! Y, por eso, ha establecido el sacramento maravilloso de la confesiÃ³n, para que volvamos a Â¿! siempre que lo necesitemos.

QuÃ© maravilla un Dios que perdona. Nunca valoraremos suficientemente la grandeza de este sacramento.



En cada confesión

Cada una de ellas tiene que ser un encuentro personalísimo con el amor de Dios que nos acoge y perdona. Desear recibir la absolución, querer retornar para pedir disculpas. El beato [Álvaro del Portillo](#) aseguraba que el día más feliz de su vida era cuando se iba a confesar cada semana.

Partiremos de la humildad del que se sabe barro quebradizo y no se asustará de nada de lo que encuentre en su alma, por feo y miserable que sea.

Y una vez descubierto con un examen diligente, profundo, que vaya a las raíces y que nos permita luego hablar de nuestras disposiciones de fondo, **examen que hará que nos vayamos conociendo poco a poco y también nos vayamos manifestando con sencillez, como somos**, sin dorar la paldora.

Nuestra lucha

Tratar de que nos vayan conociendo a fondo, ya que muchos cristianos, es donde [recibimos el acompañamiento espiritual para que nos puedan ayudar más](#) y mejor: no mera enunciación corriendo de los pecados.

Siempre siendo claros, concisos, completos. Eso que no queremos que se supiera, lo primero, corriendo, que estamos delante de Jesucristo. No vamos a quedar bien. Que se vea cómo es nuestra lucha.

Dolor de amor

Se conoce como [contrición](#). Para que sea sincera y profunda debe ser fruto de un examen hondo y humilde. Si nuestra [contrición](#) es verdadera, se manifestará en la frecuencia y el modo en que nos confesamos. Se convertirá en un medio de especial importancia para nuestra santificación.

Varios autores espirituales no se cansan de insistir en la **necesidad de tener un verdadero dolor al acudir a la Confesión**, para prevenir la rutina, que como dice [san Josemaría](#), es el sepulcro de la verdadera piedad, que incluso puede llevar a la ineficacia del Sacramento de la Penitencia.



La confesión contrita

La mejor **devoción a Jesucristo es una confesión contrita**.

Pidámosle a Dios que nos conceda la humildad y la decisión de aprovechar con piedad el divino remedio de la confesión. Para eso, recordemos también el consejo muy sabio:

No permitáis que en vuestra alma anide un foco de podredumbre, aunque sea muy pequeño. Hablad. Cuando el agua corre, es limpia; cuando se estanca, forma un charco lleno de porquería repugnante, y de agua potable pasa a ser un caldo de bichos (Amigos de Dios, 181).